

sola el peso de una legislación opresiva. Lo mismo sucedió al Cristianismo en tiempo de los Emperadores; la proscribieron con todo rigor á causa de su incompatibilidad con la Religión del imperio, y toleraron los cultos idólatras; porque fundados sobre el mismo error, no se excluían ellos mutuamente. ¿Qué medio habrá de contradecir la exactitud de este paralelo, cuando se vé á la Inglaterra, prescribir muy detalladamente á sus agentes en el Canadá, medidas odiosas de persecucion contra la Religión católica, y al mismo tiempo, garantir por un tratado solemne á los habitantes de Ceilan la libertad de la idolatría; asistir por embajadores á las ceremonias religiosas de estos pueblos, y ofrecer á sus divinidades sacrilegos dones?

Una nación, á quien este escándalo deshonoroso no ha podido arrancar un ay de indignacion y de horror, ya no es una nación cristiana. Toca al último término de la indiferencia religiosa, y he aquí lo que la preserva del fanatismo de la impiedad. En lo demas, esta indiferencia siempre en aumento, debilitó progresivamente la intolerancia política, y triunfará tarde ó tempra-

no. Estemomento será el deseado, para la emancipacion de los católicos. La masa de la nación, indiferente á todos los errores, lo será muy luego á la verdad misma; á fuerza de despreciarla convendrá en tolerarla. La opinion casi se ha pronunciado ya con respecto á esto: el Gobierno resiste solo, y se comprende el porque. La existencia de la Iglesia anglicana está unida á la constitucion del Estado, y el Gobierno tiembla poner su religion facticia en presencia de una verdadera. Convendrá que á ello se resuelva, porque este acontecimiento es necesario. Una política previsora en lugar de retardarle tal vez le apresuraria. Es fácil ver que este suceso no podria ser sino ventajoso á la Inglaterra. Presa de una codicia devorante que nunca deja de apoderarse de las naciones al tiempo de su decadencia, despliega una prodigiosa actividad, que algunos toman por vida, cuando es una vida como la fiebre, ó como las contracciones de un cadáver galvanizado. Ella está muerta cuanto á sus costumbres, y al primer golpe imprevisto que sufra en su riqueza, pasmará el ver como espira este gran cuerpo, en quien se supone tanta

vida y vigor, á fuerza del desmayo, y despues de algunas convulsiones. Hay, sin embargo, en este pueblo, elementos de regeneracion; pero no se animará, sino por las creencias. Siendo nula hoy la Religion establecida bajo este respecto * la Inglaterra debe decidirse entre el fanatismo de algunas sectas turbulentas, y la Religion católica: es decir entre opiniones, que, despues de haberla inquietado algun tiempo, la trajeran al punto en que al presente se halla, y una doctrina estable y severa, porque es perfecta, esencialmente conservadora, porque es profundamente verdadera, la sola enfin que pueda salvarla al mismo tiempo de la lenta disolucion de la indiferencia, y de los turbulentos desastres en que la precipitarian infaliblemente los anárquicos errores de las sectas independientes.

El resto de la Europa, excepto algunos paises

* Warburton, obispo de Gloucester, muerto en 1779, se espantaba de los destinos que preparaba á la Inglaterra la anarquía de las doctrinas, que habian hecho presa de ella «; Qué vendrá á ser, » decía él, esta pobre nacion, puesta como un cuerpo de tropas « entre dos fuegos, el furor de la irreligion y el furor del fanatismo! *What will this poor nation como to! in the condition*

católicos, padece interiormente la misma enfermedad. Por todas partes la indiferencia por la verdad conduce al sistema de la *libertad* y de la *igualdad* religiosas¹. Este sistema se propaga aun en muchos paises con mas rapidez que en Inglaterra, porque no ha tenido que saltar la barrera de las leyes y de la constitucion politica. Confiesase, no hay duda, que el pueblo necesita de una religion² y sea ella cual fuere; se

« *of troops between two fires: the madness of irreligion, and the madness of fanaticism!* » Warburton's letters.

¹ « Esta es la indiferencia tan justa, y tan racional, tan ventajosa á los Estados, que la sana filosofía puede proponerse introducir poco á poco en la tierra. ¿No sería mas feliz el género humano, si los soberanos del mundo, ocupados en el bienestar de sus súbditos, dejasen á la supersticion sus disputas fútiles « *sometieran la religion á la politica*, forzasen á sus ministros altaneros á ser ciudadanos, é impidiesen con todo cuidado, que sus debates interesasen la tranquilidad pública? ¿Qué ventajas no resultarían á las ciencias, á los progresos del espíritu humano, á la perfeccion de la moral, de la jurisprudencia y á la *educacion*, de la libertad de pensar? » *Sistema de la naturaleza*, tom. II, cap. XIII. El siglo precedente ha establecido los principios, el nuestro ha hecho su aplicacion.

² Las concesiones de los mismos ateos no pasan de aquí cuanto á esto. « El ateísmo, dice el autor del *Sistema de la naturaleza*, « no se hizo para el vulgo, ni aun para el mayor número de hombres. » Tom. II, cap. XIII.

le deja escoger, y para que se decida mas *libremente*, se le presentan todas con un mismo respeto, ú mejor, con un mismo desprecio. Los gobiernos, si hay alguno que d: importancia á las doctrinas, en lugar de procurar ayudarse, toman por empeño el neutralizarlas todas entre si, mezclándolas con habilidad. Burlados los gobiernos y sus súbditos, pero aquellos mas que estos, por las luces del siglo, se complacen al parecer en sacudir sobre el pueblo el hacha de la sabiduria moderna, á cuyo resplandor, nada hay que no parezca indiferente, ó falso, comenzando por sus propios derechos. Ya parece piensan que los hombres serian mas dóciles, ó menos bulliciosos, cuando se llegue á destruir las creencias. Ellos no dudan, que la obediencia á la autoridad, aun civil, cuando no es el producto violento de la opresion, es el esfuerzo mas grande de la fe. Si pudiera haber algo ridiculo hasta el extremo, cuando la suerte de las naciones está comprometida, seria el ver á estos absurdos menospreciadores del buen sentido y de la experiencia, prodigar su *proteccion* á todas las locuras, llamadas religiosas, que mas han degradado el ingenio humano, y el

verlos formar una coleccion de cultos, como se hiciera de pinturas en un museo. Gracias á esta idea nueva, la Religion pública no es mas que la reunion de todas las religiones particulares. Se pagan ministros, por que enseñen á Jesucristo como salvador del mundo, y otros por que le nieguen. El sacerdocio envilecido está como un pupilo ú menor, bajo la tutela de la administracion; depende de los caprichos del último dependiente; y cuando entre los paganos, no habia un templo que no tuviera sus rentas sagradas, una divinidad, á quien sus adoradores no hubiesen hecho en cierto modo independiente, dotando sus altares; el Dios de los Cristianos, apenas admitido á un sueldo provisorio, figura cada año en un presupuesto ultrajante, como un asalariado por el Estado, esperando sin duda, que llegue el momento de reformarle. No hay motivo para admirarse, sino para gemir, cuando la política del siglo se sonrie de gozo, al ver el resultado sublime de sus máximas; cuando se aplaude por la paz, que ella ha sabido establecer entre dos religiones enemigas. La paz, una paz inalterable reinaba tambien en los campos lúgu-

bres donde Germánico halló confundidos los huesos de los Germanos, y de los soldados de Varo.

Contéplese la sociedad. Observándola con atención, es como se puede apreciar justamente el sistema filosófico que tanto nos ponderan. La Religión como creencia estaba en todas partes; y en todas partes se conoce su ausencia. Ella estaba en el gobierno, para velar sobre los intereses del pueblo, y protegerle contra los abusos del poder y de la tiranía; ella estaba en el pueblo, para velar sobre la perpetuidad del Gobierno, y protegerle contra las empresas de la multitud, ó la anarquía: resultaba de esto, que el Gobierno era dulce y fuerte, y el pueblo libre y sumiso. Pero apenas ha dejado de ser la Religión una creencia divina, cuando los Gobiernos y los pueblos, constituidos casi en estado de guerra, porque sin contrapeso camina el poder al despotismo, y la obediencia sin seguridad á la rebelion, se han visto forzados á pedirse garantías mutuas, y á buscar su seguridad en pactos ilusorios, visto, que las infracciones no tienen otro juez que las partes mismas. Esta es la causa que hizo

abortar en Europa esta multitud de constituciones semi-monárquicas y semi-republicanas, verdaderos tratados provisorios entre el despotismo y la anarquía.

La Religión era tambien entre las naciones como el resorte, como el manantial de la energía patriótica, de donde la sociedad sacaba en los momentos de crisis, una fuerza inmensa de resistencia y conservación. Lo que ha pasado en nuestros dias en España hace todo esto evidente. Jamás se olvidará aquel grito generoso, inspirado á todo un pueblo por el Cristianismo. *¡Muramos por la justa causa!* Y los nobles esfuerzos de este pueblo creyente, para mantener su independencia, coronados como debian serlo por el buen éxito, han sido mas notables si se comparan con la debilidad, (aun podria decirse la cobardía) de algunas otras naciones. Así es, que la Religión, forzando al hombre á obedecer al poder, asegura la libertad de los pueblos: al paso, que la incredulidad, cuyo término final es la indiferencia, destruyendo el principio de obediencia, dispone para la esclavitud, y conduce á ella tarde ó temprano.

La Religion intervenia como legisladora y árbitro en todas las transacciones sociales. El matrimonio le debía su santidad, y despues de haber afirmado y consagrado el fundamento de la familia, le conservaba por un sabio convenio de autoridad y dependencia. Todas las instituciones tomaban de ella algo de moral; y, como el poder es necesario en toda reunion de seres semejantes, en la mas pequeña escuela tanto como en el imperio mas vasto, en todo ennoblecia ella la obediencia con motivos sublimes. ¡ Cosa por cierto admirable! Ella substituia la veneracion á la envidia, mostrando la imágen de Dios en todo lo que participaba de su poder. El espíritu de caridad, que le es propio, aproximaba los rangos, sin confundirlos, y los beneficios y la gratitud formaban los lazos que los unian. Separando de este modo al cristiano de los intereses temporales, ella unia con intimidad el hombre al hombre, las familias á las familias, las generaciones á las generaciones, los pueblos á los pueblos. ¿ Qué se ha visto substituir á este feliz estado? En el matrimonio, una brutal disolucion, y la destruccion del lazo conyugal conver-

tido en convenio temporal; la anarquía en las familias, aversion á la autoridad en los inferiores, la dureza en los grandes, en todos el egoismo: la mala fe en los contratos, el desprecio sacrilego de los juramentos, la discordia de los ciudadanos, los odios de pueblo á pueblo, que recuerdan las épocas mas terribles de la historia.

La Religion, en fin, existia en los individuos, sirviendo de freno. Roto este, las acciones, que la ley no podia poner bajo su influencia, quedaron sin otra regla, que las pasiones. Toda su moral se ha escrito en las páginas del código criminal: moral espantosa, cuyo magistrado es el ministro, y cuyo vengador es el verdugo. La distincion del bien y del mal comienza al pié del suplicio, y allí acaba únicamente la indiferencia. Se ha dicho al hombre: la Religion es una invencion del hombre; entonces todo le parece invencion humana, aun la sociedad, aun la justicia; y reconociendo su fuerza bastante para no prestar obediencia sino á Dios, ha desechado con desden el yugo del hombre. Desde este momento, las leyes no han sido para él mas que obstáculos, y obstáculos impotentes; porque no hay escape

de la conciencia, pero puede haberle de la ley; y la esperanza de lograrlo es tal, que, sin el temor de la vida futura, sería locura el abstenerse de intentarlo. La sabiduría consiste en compensar el riesgo por el interés. De este modo no solo las virtudes se han desvanecido ya, sino, que el crimen, lo diré con horror, el crimen, vacío de infamia y de remordimientos, no viene á ser mas que una simple combinacion de acasos, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aun, un juego con que la infancia divierte su ociosidad, y se hace para ella un hábito, antes que las pasiones le hayan formado de él una necesidad.

Este es el resultado de la doctrina, cuya historia acabo de trazar. El mundo le ha visto dos veces, y la última con un caracter mas peligroso, extendiendo sus estragos por las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que ella desapareció á la faz del Cristianismo naciente; desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente descubierto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

CAPITULO III.

CONTINUACION DE LA MATERIA.

Hase visto en el capítulo precedente que el sistema cuya procedencia y efectos en él se trataron, es un sistema funesto; vamos á probar ademas, que es un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad; la filosofia lo